

Diálogo interreligioso

po. Ha quedado claro también que la religión no es un asunto privado, como había pensado el liberalismo: no incumbe sólo a la interioridad personal, sino que tiene hondas repercusiones para la marcha del mundo. Por eso, al mismo tiempo que se impone un diálogo político, ya que es una insensatez que una sola nación por más poderosa que sea emprenda acciones unilaterales sobre otras; y el diálogo cultural, ya que percibimos formas muy diversas de vivir que no pueden ser catalogadas como pervivencias folklóricas de culturas en trance de desaparecer; del mismo modo es imprescindible emprender un diálogo entre las religiones.

Ya Juan XXIII, por su experiencia en Bulgaria y Turquía, estuvo vivamente interesado en el ecumenismo y practicó personalmente una apertura humanista extensiva, incluso a los no creyentes. Pablo VI quiso institucionalizar el ecumenismo y comenzó oficialmente el diálogo interreligioso. Y no cabe duda de que Juan Pablo II está personalmente empeñadísimo, tanto en la unificación cristiana realmente ecuménica, como en un diálogo sincero con las demás religiones. Él no lo concibe de modo diplomático: buscar ventajas mutuas entre las diversas instituciones; y menos aún como ponerse de acuerdo entre las cúpulas para ennoblecer su dominio sobre los fieles de sus respectivas confesiones, y de ese modo incrementarlo.

El Papa ha practicado el diálogo interreligioso como *actos conjuntos de religión*. Ante todo, orar en común por los problemas de la humanidad que incumben a todos. Orar juntos en el mismo ámbito y orar cada uno a su modo en la presencia respetuosa y aquiescente de los demás. Esto significa un reconocimiento mutuo de la condición de líder religioso que tienen los demás, un reconocimiento de que cada uno llega a Dios, un reconocimiento de que las demás también son religiones. Significa un encuentro verdadero en la presencia del único Dios al que cada religión llega desde sus propios presupuestos y perspectivas.

El Papa ha orado sistemáticamente con representantes oficiales de otras religiones. En sus viajes los ha saludado públicamente y se ha reunido con ellos. Ha insistido que no busca ningún expansionismo sino comunicar su respeto, su aprecio y su convergencia en

esta circunstancia en que la humanidad está amenazada, tanto físicamente (hambre, enfermedades de pobres, nuevas enfermedades contagiosas, limitación drástica de recursos naturales y contaminación, violencia en sus diversas formas), como moral y espiritualmente. Le anima la convicción de que la revitalización de la actitud religiosa y su purificación son imprescindibles para que la humanidad, anudando humilde y hondamente con la fuente sagrada de la vida, pueda reencontrar el camino, revitalizarse, rehumanizarse. No es para él una alianza frente al poder ambiental del secularismo y el ateísmo. Es el convencimiento por la experiencia de que la relación verdadera con Dios humaniza y salva, y como componente de ese proceso, lleva a que los seres humanos nos encontremos, nos reconozcamos como hermanos y colaboremos para el bien de unos y otros y de la humanidad como conjunto.

He comenzado por esta actitud y actuación del Papa, que para él es componente ineludible de su misión, porque creo que su posición vital y sus acciones públicas son muy certeras, realmente proféticas, respecto del diálogo religioso. Mucho más ecuménicas y religiosas que, por ejemplo, la postura de la Congregación de la Fe que preside el cardenal Ratzinger. Son estas acciones realmente paradigmáticas, y tantas otras en la misma onda, las que tienen que ser pensadas. Cristianamente hablando, la cuestión no es si es posible este diálogo, ya que de hecho se da de un modo responsable y verdadero, sino de elevar a concepto lo que sucede como voluntad de Dios.

Lo que no es el diálogo interreligioso

En los medios de comunicación del país y en su opinión pública el diálogo religioso se concibe como la yuxtaposición en un foro de las respectivas tomas de posición de los panelistas sobre los asuntos a los que se les convoca. Quienes toman posición son representantes institucionales que dicen lo que tienen que decir o a lo sumo expertos que disertan sobre lo que saben, y, en el caso de que sepan algo de otras religiones o que se animen a escuchar sinceramente, dialogan sobre sus puntos de vista. En esta manera de concebir el diálogo, las religiones son el tema y se discute acerca de este tema. Es decir, que se trata

PEDRO TRIGO, S.J.

Un acontecimiento y su sentido

El desarrollo de esta guerra, en comparación con la del Golfo, hace ver lo rápido que caminamos hacia una intercomunicación global. Esta es una guerra en la que los contendientes, sobre todo USA, toman en cuenta, tanto a los demás Estados del mundo, con quienes buscan una alianza o por lo menos la anuencia a sus acciones, como a la opinión pública. En cada paso que dan intentan justificarse ante ella. Ya la opinión pública no es para USA sólo sus propios ciudadanos y los de los países occidentales desarrollados, sino los de los países islámicos y tendencialmente todos los países del mundo. En concreto, el Islam está hoy presente en los medios de comunicación y en el debate mundial como nunca lo estuvo en el mundo que nació de las revoluciones del siglo XVIII. La religión islámica no puede ser ignorada por más tiem-

de informar (no pocas veces de hacer propaganda) y exponer a un público de modo que lo que cada quien representa quede bien ante el auditorio.

Como se ve, ordinariamente no es un diálogo interno entre personas a quienes les interesa vitalmente dialogar con los otros. Lo contrario, cada quien está en lo suyo y trata de vender bien su producto ante los eventuales consumidores. En diálogos así no sale ganando ninguna religión ni la fe de los que participan en ellos. La tendencia es que los conferencistas absoluticen las mediaciones, o sea, las religiones que representan y relativicen lo mediado, tanto la divinidad, como los seres humanos. El público, por su parte, suele propender a colocarse en la actitud opuesta: entiende cada religión como una oferta aleatoria de tal manera que toma de cada una lo que se le ajusta más y compone su propio horizonte religioso, digamos a la carta. Esta actitud frívola que asume a las religiones como mercancías ofrecidas en el mercado a gusto del consumidor no sirve para adentrarse en el misterio.

Condiciones para que se dé el diálogo

La condición para entrar en un verdadero diálogo interreligioso, es decir, en un diálogo que comprometa a la interioridad de los dialogantes y que se realice en el interior de sus vivencias religiosas, es obviamente ser religioso. Si la religión no le interesa vivamente a uno, el diálogo no pasará del nivel de la curiosidad o de las agudezas de los diletantes, o a lo más, del interés meramente intelectual.

Constitución plena del sujeto religioso

Ahora bien, supuesto el interés personal en lo religioso, para que el diálogo sea fructífero cada dialogante deberá tener muy clara y segura su identidad religiosa. Si los sujetos religiosos no están constituidos como tales, sino que están aún haciéndose, en búsqueda, no se tratará ya de diálogo interreligioso, sino meramente de un diálogo religioso. Son dos tipos de diálogo distintos. No se puede confundir seguridad en su identidad religiosa con cerrazón dogmática; más bien esta actitud revela inseguridad personal que, en vez de reconocerse como tal y procesarse hasta alcanzarla, se reprime y se sustituye por la afirmación voluntarística y dis-

ciplinar de unos postulados introyectados desde una autoridad sagrada. Esta manera fundamentalista de vivir la religión imposibilita de raíz todo diálogo interreligioso porque en rigor no hay sujeto dialogante, ya que se hipotecó a los representantes de su institución religiosa. Un sujeto autárquico no es un sujeto religioso. Pero tampoco lo es el que no retiene su autonomía, es decir, aquél a quien su religación con el misterio fundante no lo constituye en persona. Pero cuando la iniciación en el misterio divino salva a la persona, cuando hay sujeto religioso, la posibilidad de avanzar internamente en el diálogo interreligioso es directamente proporcional al grado en que se ha avanzado de entrega a Dios por el camino de su religión, al grado en que la persona se ha constituido como sujeto religioso de esa religión concreta.

Llegada al límite

El diálogo interno se funda en la convicción que tienen los dialogantes de que Dios excede las posibilidades y capacidades de cada ser humano y de la humanidad como tal. La fuente de esa convicción no es otra que la experiencia real de Dios. Es en el encuentro verdadero con Dios donde aparece esa inexhaustibilidad de Dios: el contacto es real y lo que capto de Dios le incumbe a él; pero Dios es infinitamente mayor que eso que me muestra. A mí me muestra un semblante, a los demás otro. Todos son componibles en él, pero no caben en una sola persona. Por eso, si a mí me interesa más el Dios vivo y verdadero que mi experiencia de él, si no quiero satisfacerme con mi experiencia sino con él mismo, necesito ir más allá de mi fe. No sólo necesito incrementar mi fe, sino trascenderla. La trasciendo abriéndome a la fe de otros, aceptando ser llevado en su fe y llevándolos en la mía. Por eso hemos insistido que sólo aquél para quien Dios es la vida desea vitalmente y necesita entrar en diálogo. Es claro que el primer diálogo se da en el seno de su misma religión. El verdadero creyente no se cierra de modo autosuficiente, ni en su concepción de Dios, ni en sus caminos para llegar a él. Por el contrario, se alegra de lo que otros le enseñan del misterio amado. Porque para él lo importante no es él mismo sino aquél por quien y para quien vive. De algún modo ha tenido que llegar al límite o al menos tener conciencia de él, para

abrirse a la fe de otros, para pedirla humilde y fraternalmente. Mientras tanto, está embebido en la positividad que descubre y vive. Pero la iniciación empieza propiamente cuando se llega al límite, cuando uno capta con toda verdad que sus disponibilidades reales no dan fundamentalmente más de sí y se abre a la conducción de Dios. Entonces está maduro para este diálogo.

Sólo quien practica este diálogo sistemáticamente dentro de su propia religión, ha llegado estructuralmente a la altura de entablarlo con otros que hayan llegado a la misma situación desde sus respectivas religiones.

Objetivos del diálogo

Desde lo que llevamos dicho, es claro que el objetivo del diálogo no es llegar a un conocimiento más complejo de Dios, y es obvio que nada tiene que ver con la pretensión de constituir algo así como una macrorreligión con el aporte de las que entran a dialogar. Puede darse esta captación de algunas facetas de Dios que uno no había desarrollado, y hasta es normal que esto suceda. Pero eso acontece por añadidura.

Llevarse mutuamente en la fe

El objetivo del diálogo es ser llevado en la fe del otro y llevarlo en la mía, entendiendo que la fe es don de Dios. Cristianamente hablando, esto forma parte de lo que llamamos comunión de los santos, comunión de los que Dios ha ungido con su Espíritu y ellos, sintiendo y correspondiendo a esta gracia, se han consagrado a él y a su desig-nio en el mundo.

¿Cómo habría que entender el ser llevado en la fe de otros y llevar a otros en mi fe? En primer lugar, como vivir ante Dios, no como un mero individuo, sino como una persona que incluye en sí a los otros, y a la vez aceptarme como llevado por ellos, que eso significa literalmente encomendarme a ellos. Éste es el punto de partida: la constitución de un sujeto religioso que ya no es un particular, un individuo privado, sino una persona que a la vez que carga con otras confía en ser llevado a su vez por ellas. No se da un verdadero diálogo interreligioso, en el sentido religioso de que venimos hablando, mientras no se dé este llevar en sí a otros y ser llevado por ellos.

Desde mi punto de vista cristiano, si no se da este llevarse mutuamente en la fe, tampoco se da cristianismo ya que el cristiano es el que se sabe llevado por Dios y desde esa confianza fundamental se ve libre de la angustia por su salvación, y alcanza la libertad para dedicarse a llevar en Jesucristo a la humanidad, y para aceptar ser llevado por los que han alcanzado esta libertad y aceptado esta misión. Hay Iglesia cuando los cristianos lo son, es decir, se llevan mutuamente en su fe. En este horizonte cristiano el diálogo interreligioso forma parte del ser Iglesia, ya que de esa comunión forman parte todos los que viven de verdadera fe (que viven realmente de Dios), y por tanto, la viven no de modo solipsista sino amando a Dios en todos y a todos en él. Esto no significa que yo los quiera integrar a mi institución y llevarlos a que se proclamen cristianos, sino que como cristiano reconozco que me puedo encontrar realmente con personas de otras religiones que lleguen al mismo Dios. Me encuentro con ellas en el único Dios vivo y verdadero.

Secundar la acción del Espíritu en cada uno

Con esto no digo que todas las religiones sean equivalentes, sino que las que yo conozco (las religiones del Libro, el budismo, el hinduismo y la matriz de las religiones tradicionales campesinas indígenas y africanas) adoran en sus expresiones más puras (que no equivalen a las más refinadas) al único Dios. Como cristiano pienso que no existen muchas economías de salvación, pero admito que en la única que existe Dios habló a las diversas culturas en distintos tiempos (cf Hbr 1,1) y que toda persona de cualquier cultura y religión que respete a Dios y practique la justicia es acepta a él (Hch 10,35), ya que al ser humano lo que le pide Dios es practicar la justicia, amar la misericordia, y caminar humildemente en su presencia (Mq 6,8). Más aún, creo que el enviado definitivo de Dios, que nos lo dio plenamente a conocer, al morir derramó su Espíritu sobre toda carne (cf Jn 19,30; Hch 2,17). De tal modo, que todos los que se dejan llevar por su Espíritu son en verdad hijos de Dios (Rm 8,14) y no lo son los que, conociéndolo nocionalmente, no aceptan la conducción de su Espíritu que sopla más adentro que lo íntimo de cada ser humano. Desde el punto de vista cristia-

no éste es el fundamento que posibilita el diálogo interreligioso.

Pero este fundamento es a la vez el cauce de ese diálogo, que consiste en tratar de ver por dónde lleva el Espíritu a los otros dialogantes para secundar su acción en ellos, y a la vez, confiado en su instinto espiritual, aceptar también sus sugerencias sobre mí. Ni unos ni otros aceptamos a ciegas esa conducción, ya que para nosotros el Espíritu no es ciego sino el del Logos; pero sí aceptamos sus indicaciones como dirigidas al Espíritu en nosotros para que él las reconozca, y lo mismo tratan de hacer ellos con las nuestras. Aquí el diálogo se revela como espiritual, como ejercicio eximio de religión.

Secundar la acción del Espíritu en el mundo

Pero el Espíritu que lleva a Dios, lleva también a los demás seres humanos, lleva a humanizar la historia según el paradigma de Jesús de Nazaret. Por eso el diálogo religioso, si es genuino, es decir, si reconoce y secunda la acción del Espíritu en uno y los demás, también se basa en el reconocimiento por parte de los que dialogan de la acción del Espíritu en la humanidad. Actualmente es clara la convergencia de las personas genuinamente religiosas de las diversas religiones en torno a por dónde quiere llevar hoy el único Dios a la única humanidad. Son caminos radicales, es decir, que tocan al corazón, a las entrañas, a la mentalidad, a las disposiciones más elementales y decisivas de la condición humana. No las proponen como una ley sino como el horizonte concreto que lleva a la vida. Las ponen por delante para que las deseemos y elijamos y para que nos anime-mos a pagar el precio que entraña el seguirlas. No son buenas intenciones ni propuestas candorosas de gente que no sabe cómo es la vida. Por el contrario, es la luz que da el estar viviéndola hasta el fondo, en solidaridad radical con los demás, en verdadera libertad interior que da claridad para ver lo que no se quiere, ni puede ver, cuando se es esclavo y se aman las cadenas.

Hoy el diálogo interreligioso lleva a la acción, que no es activismo ni cálculo interesado, sino acción humana libre y verdadera, animada por la sabiduría y el arte, por la humildad y flexibilidad, por la capacidad de convocar y la constancia, que son el sello del Espíritu.

Diálogo Interreligioso en Venezuela

Desde lo que llevamos dicho me parece claro que bastantes de los que en nuestro país se interesan de un modo u otro por las diversas ofertas religiosas que están en el ambiente, y por decirlo así, prueban de una y de otra, no practican ningún diálogo, ya que no parten de un sujeto religioso constituido, sino que están en búsqueda religiosa, una búsqueda a veces frívola, a veces comprometida.

Por otra parte, la inmensa mayoría de quienes practican sinceramente la religión viven en pacífica posesión de ella y con la conciencia de que aún les falta muchísimo por conocerla y por transformarse asumiéndola. Desde esta percepción de su ubicación en ese camino religioso que siguen no tienen mayor inquietud de abrirse a otras personas religiosas que llevan otros caminos.

Si se da la convicción ambiental de que existen diversas posibilidades y que cada quien debe ubicarse en la que más le cuadra. Es una especie de relativismo que tiene que ver con dos factores: un individualismo muy acendrado, que viene de muy lejos en nuestra historia, y una pertenencia poco personalizada a la religión recibida.

Respecto de las religiones originarias de indígenas y negros, creo que hay personas y grupos, sobre todo indígenas, que las siguen practicando; pero la inmensa mayoría son cristianos. El camino para esta mayoría no es una vuelta artificiosa al origen, sino una revitalización de la experiencia cristiana instando a que la expresen desde lo que son. Esto incluye la conceptualización, la simbolización, la ritualización y el modo de vida que se desprende de esta vivencia. Pero esto no es diálogo interreligioso sin la constitución de un cristianismo indígena y negro (y suburbano) como lo hay criollo y campesino.

El diálogo estrictamente interreligioso, si es difícil en cualquier hipótesis, más lo es en nuestro país, ya que tienen que encontrarse personas de dos religiones que sepan quiénes son y que dialoguen para serlo con mayor plenitud con la libertad que da una vida liberada por Dios.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO. MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE SIC.